

á Viriato el Fábulo Máximo Emiliano. Asi dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécor (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalontar al intrépido lusitano. No tardó en congregar nuevas tropas, y mientras el consul hacia cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triccios, á los vaccéos y á los celtiberos á una alianza y general confederacion contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad, y la idea de una patria comun. Acudiéronle unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoída.

Despues de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtiberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nertobriga,

Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traicion de su compatriocio, colocaron á sus hijos en el lugar mas peligroso del muro, donde deberian perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso mas levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (1).

Hacia entretanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las

(1) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Victor y Patérculo. Atribúyose tambien al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traia y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponia: «*Quemaria yo mi camisa, respondió el cónsul, si supiese que en mis secretos tenia parte.*»

sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía, desprendíase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalacion, y tenia á los romanos en perpétua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cinesios ó cunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habian sido sordos á la voz de union, levantada por Viriato, no se habian agrupado en derredor de aquel heróico gefe como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad y acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzára, observamos que engrosaran sus bandas lo que habia sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecia ser la mas difícil de las obras la union.

Mas ni por eso Viriato reposaba ni era posible á

los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Porcuna y Baeza), Manteníase por él Erisana <sup>(1)</sup>. Sitióla el cónsul Serviliano (144). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso mas pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido <sup>(2)</sup>. Entonces convidó con la paz á Serviliano. ¡Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la matanza aleve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasion para que dejara de admitir el consul una paz que ciertamente en su apurada situacion no esperaría. Concertóse pues que los romanos con-

(1) No hemos podido averiguar la situacion de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aqui que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podian ser ciudades en el sentido y significacion que hoy tiene esta palabra. Reducianse por lo comun muchas de ellas á una aglomeracion de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

(2) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus*: dice Aurelio Victor.

servarian lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habria *paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato*. Confirmado el convenio por el senado y el pueblo de Roma, esta paz debia ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabára de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confió el senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podía haberse elegido un hombre ni mas inepto como guerrero, ni mas malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que habia sido pactado por su hermano mismo, y que habia sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la magestad del pueblo romano aquella paz. Decia verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio mas de que la fé romana no rendia párias á la fé púnica, y de que Roma no marchaba por mas noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con

sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, habia renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con las escasas gentes que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtiberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña habia dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde consul deshacerse por medio de una traicion del mismo á quien no podia vencer con las armas. Vínole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometia, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna tambien de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato á hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Asi pereció el gran Viriato, uno de los capitanes mas ilustres que España ha producido: asi pereció para baldon perpétuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus le-

giones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes.—«Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedición entre sus tropas; nadie fué mas equitativo que él en la distribución del botín.»—«Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido e Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su trage, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envanecían, ni el alto puesto al que se elevó le ensoberbeció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los consules y pretores, á quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festín, él ni soltó la lanza ni tomó mas sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes, donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país que no fuera la España, apenas se comprendería que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y despues soldado de montaña, llegára á hacerse, sin otra escuela ni instruccion que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á la mas poderosa de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (1).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su inícuca acción, respondióles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su gefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el senado adquirió el fácil mérito de desaprobare su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

(1) El historiador inglés Dunhan, compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos sería fácil encontrar copias mas exactas de este personaje.